

Cartel para una esquina

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Sí, realmente es la nuestra la más dura, anónima y dramática de todas las tareas: la de emplearnos a fondo —con nuestros huesos, con nuestra piel y con nuestro traje— en la misión de vivir. Poner los nervios, los cabellos y los sentidos frente a la luz. Estar en ellos. Moler los días y las noches en nosotros. Tener labios para la sed, para nombrar un toro o una casa, para salivar un nombre de mujer, para alimentarnos, en nuestros momentos de inutilidad y destrozo, con el corrosivo metabolismo de la imprecación. Tener manos para trazar imágenes en el viento, para engarifar una impotencia, para bendecir o para matar, para acunar un hijo o para trazar a hurtadillas, sobre los muros, las líneas de nuestro menosprecio o de nuestra amargura. Tener plantas para pisar una oruga, para apartar una cáscara o un pedrusco, para abandonar una casa de placer o dirigirnos a un templo. Y tener un rostro, un hemisferio de miles de pueblecillos celulares, para despreciar o ser despreciados. Un rostro modelado, en cada segundo de la vida, por orfebres impasibles. Y saber que cada paso, cada gusto,

cada pensamiento, no nos llevan a sitio distinto que a la destrucción.

* * *

Saber que vivimos para la muerte. Y viajar, viajar sobre nosotros o sobre la tierra. Siempre viajando. Sentados o ambulantes. Despiertos o dormidos. Frente a una rosa, en una ventana o un ataúd. Siempre viajando. Abriendo senderos. Sudando tiritando nuestra muerte. Encendemos una lámpara, despertamos de una conversación, de una enfermedad o de un sueño. Alzamos nuestra frente. Nos roza la sombra de un pájaro desconocido. Sentimos, en algún lugar del corazón o de la tarde, un trino o un saludo. Nos enlazamos a un cuerpo. Acariciamos el lomo de una cabalgadura y nos inunda —como un trémolo de yerba y agua fresca— su ardiente relincho. Esta es la tierra, decimos, y estos —los que sabemos que la tarde ha regresado y fulge el lucero y el tiempo sigue esparciendo cenizas sobre los ramajes, los relojes y los hombres— estos, pensamos con toda la furia de nuestras sienas, somos nosotros.

* * *

Sí, somos nosotros. Aquí están, para atestiguarlo terriblemente, lo que no hemos sido, lo que somos y lo que llegaremos a ser. En nosotros se defienden, quieren asomarse a ver el lucero navegando en la tarde y al niño cicatrizando con su aro las florecillas de la ladera, los que ya murieron. Lo que éramos ardiendo en otro olfato y navegando en otras plantas antes de nacer. Aquel hombre o aquella mujer remotos. Los que adivinaron nuestros miembros en el vaivén de un lirio y de las infinitas llamitas

de una acacia. Sí, somos nosotros, totales y verdaderos. En ese único lugar, de la geografía y de la sangre, que nos fue señalado desde cuando éramos apenas, un ademán o una música. Sí, somos nosotros. Viviendo en nuestros calabozos de arteria y huesos. Pero así, humedecidos por el lodo del camino, tenemos el júbilo de poder adivinar —más allá de nosotros, dispersos en el aire infinito— a quienes un día sentirán nuestro transcurso en otra hora del mundo.